

Caballeros de Colón presenta
La Serie Veritas
“Proclamando la fe en el tercer milenio”

Los Dones del Espíritu Santo

Según Santo Tomás de Aquino

por
Padre Peter John Cameron, O.P.

Editor General
Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.
Director del Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nilil Obstat
Censor Deputatis

Padre Donald F. Hagerty, S.T.D.

Imprimatur

Robert A. Brucato, D.D., V.G.

Arquidiócesis de Nueva York

28 de mayo de 2002

(*provisto para el texto en inglés*)

El *Nilil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nilil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2008 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón. Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1994, United States Catholic Conference, Inc. – Librería Editrice Vaticana. Todos los derechos reservados.

Las citas de las Escrituras contenidas aquí están adaptadas en la versión en inglés del *The New Oxford Annotated Bible With the Apocrypha* (Expanded Edition), Revised Standard Version, copyright © 1973, 1977, Oxford University Press. Algunas citas han sido adaptadas.

Para la versión en español, se usan con autorización los textos de la *Biblia de Jerusalén, Nueva edición revisada y aumentada* © 1998 Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, Desclée De Brouwer, S.A. Bilbao, España.

Portada: El Greco (1541-1614), *Pentecostés*. Museo del Prado, Madrid. © Scala/Art Resource, New York.

Ninguna parte de este folleto puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1971

www.kofc.org/sic
cis@kofc.org
203-752-4267
203-752-4018 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
¿Qué son exactamente los dones?	6
¿Quién necesita los dones?	7
¿Cómo obtenemos los dones?	7
Los dones nos hacen como Cristo	8
LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO	9
El don del temor de Dios	9
El don de la piedad	13
El don de la ciencia	16
El don de la fortaleza	19
El don del consejo	22
El don de la inteligencia	25
El don de la sabiduría	28
LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA Y LOS DONES ESPÍRITU SANTO	31
La Anunciación de María y el don del temor de Dios	31
La Visitación de la Santísima Virgen María y el don de la piedad .	32
La Presentación en el Templo y el don de la ciencia	34
El Niño Hallado en el Templo y el don de la fortaleza	36
Las bodas de Caná y el don del consejo	37
“¿Quién es mi madre?” – El don de inteligencia	39
La Pasión, Pentecostés y el don de sabiduría	40
FUENTES	42
NOTAS AL CALCE	42
SOBRE EL AUTOR	42

INTRODUCCIÓN

A través de toda la historia, Dios se ha revelado a sí mismo como el Dador de Bienes.

La creación es un don. La vida es un don. El Señor dio sus alianzas como dones, y llamó para sí a Abraham, Moisés y al pueblo judío por pura generosidad. Aun más, Dios nos envió a su Hijo como un don, y Cristo obtuvo para todos nosotros el don de la vida eterna.

Dios no quiere nada más que compartir su propia vida con nosotros. El Señor quiere hacernos, como dice la Escritura, “partícipes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1, 4). Sin embargo, como criaturas, y además pecadoras,, necesitamos estar preparados y elevados por Dios antes de que podamos unirnos perfectamente con Él. En una palabra, debemos cambiar.

Parte de nuestra transformación en la persona que Dios quiere que seamos, sucede porque su gracia nos hace virtuosos. Ser virtuosos no sólo significa hacer lo correcto, sino ser la clase de persona que hace el bien pronta y espontáneamente, y con alegría. La vida de las virtudes evita que el mal envenene el amor que hay en nuestros corazones y nos libera para crecer en santidad. Pero además de fortalecernos en bondad, también Dios infunde en nuestras almas los dones de fe, esperanza y caridad, las “virtudes teologales,” que son nada menos que una participación en la propia sabiduría y el amor divino de Dios. Por medio de la Fe, la Esperanza y la Caridad somos llevados a vivir en unión con la Santísima Trinidad aun durante nuestra vida en la Tierra.

Al darnos las virtudes teologales, el Espíritu Santo mora en nosotros y nos vivifica con abundantes bendiciones de toda clase, haciéndonos día con día más como Cristo y guiándonos a la vida de perfección en el cielo.

La Escritura enfatiza dos grupos de bendiciones que el Espíritu Santo ofrece a quienes lo reciben. Primero están los doce “Frutos del Espíritu Santo” que San Pablo nos enumera en su carta a los Gálatas: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, generosidad, modestia, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí y castidad (Gálatas 5, 22-23). Además, el Espíritu nos dota con bendiciones que tradicionalmente llamamos los siete “dones del Espíritu Santo.” Estos dones en particular son dotes perdurables (pero no indestructibles) que perfeccionan los buenos hábitos y poderes

naturales del alma humana y tienen el efecto de hacernos sobrenaturalmente sensibles y receptivos a las direcciones e inspiraciones de Dios.

El profeta Isaías habla de estos siete dones cuando escribe, profetizando la venida de Cristo (la “flor de Jesé”):

Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad y le inspirará en el temor de Yahveh (Isaías 11, 1-3).¹

Estos siete dones – sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios – se mencionan en las Escrituras y han sido recibidos y explicados por los santos a través de los siglos. Entre éstos, el teólogo dominico del siglo XIII, Santo Tomás de Aquino, nos ofrece lo que es quizás la explicación más clara y detallada de cómo obran los dones en nuestra vida. Nuestra meta con este folleto es presentar la explicación de Santo Tomás junto con su descripción de cómo podemos ver los dones en acción en la mujer que fue la morada más perfecta del Espíritu Santo, la Santísima Virgen María.

¿Qué son exactamente los dones?

Los dones del Espíritu Santo son bendiciones conferidas a nuestra alma para realzar y refinar los poderes naturales que poseen: “El ‘alma’ se refiere al aspecto más interno del hombre, aquél que es de más valor en él, aquél por el cual él es más especialmente a imagen de Dios: ‘alma’ significa el *principio espiritual* en el hombre”.²

Dios Espíritu Santo obra siempre inspirándonos y guiándonos a mayor pureza, mayor amor y mayor santidad. Sin embargo, aun con las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, nuestros corazones pueden permanecer insensibles al Espíritu Santo. Los siete dones son el remedio para esta pereza. Realzan los poderes del alma y hacen que nuestros corazones sean más sensibles a Dios, de modo que podamos seguir fácil y consistentemente los movimientos e inspiraciones del Espíritu Santo. Los dones son disposiciones habituales perdurables que nos mantienen finamente armonizados y devotamente sensibles a las más sutiles insinuaciones de Dios. Nos preparan para Sus iniciativas y nos permiten actuar de forma santa y hasta divina.

Estas siete gracias son llamadas “dones” por dos razones. Primero, son “dones” porque Dios las infunde en nosotros sin esperar recompensa alguna.

Segundo, son “ dones” porque nos dan el privilegio de responder a inspiraciones divinas. El nombre de “ dones,” que les da la Escritura parece ser el más apropiado cuando consideramos las bendiciones supremas y los beneficios que Dios nos da mediante ellos.

¿Quién necesita los dones?

Todos necesitamos los dones del Espíritu Santo, ya que sin la ayuda de Dios es imposible que encontremos el camino hacia Él. Además de que necesitamos que nuestros pecados sean perdonados, necesitamos que Dios venza nuestros vicios, tonterías, ignorancias, torpeza mental y otros defectos de mente y alma. Él hace esto de forma maravillosa dándonos estos dones, ya que compensan de sobra las debilidades de nuestra naturaleza caída y son el remedio para las enfermedades espirituales que nos privan de una plena comunión con Dios. Los dones son más que un remedio, nos fortalecen y reafirman nuestra voluntad de observar las buenas inspiraciones y la guía del Espíritu Santo. Los dones nos hacen escuchar y obedecer a Dios prontamente y hacen que realizar su voluntad sea el gozo supremo.

¿Cómo obtenemos los dones?

Los siete dones, al igual que las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, nos son dados en el santo Bautismo. Una vez recibidos, elevan el alma y existen como nuevas facultades o poderes sobrenaturales. A diferencia de las facultades naturales, sin embargo, los dones dependen directamente de Dios para su ejercicio. Por naturaleza tenemos el poder de pensar y razonar (por ejemplo), pero cuando nacemos a la vida por la gracia de Dios, somos dotados con los dones como facultades sobrenaturales, sentidos (por decirlo así) que hacen posible nuestra vida como nuevas criaturas espirituales. La verdadera acción o función de los dones – y, por lo tanto, sus beneficios – dependen de la obra ulterior de Dios. De hecho, con frecuencia la función de los dones es desconocida para nosotros. No es raro que se nos revelen sólo retrospectivamente, por medio de un análisis bien informado de nuestros actos. Esto no debe sorprendernos, ya que en el momento en que ejercimos los dones nuestra atención estaría fija en Dios y en otros objetos relacionados con Él.

La función de los dones del Espíritu Santo depende, particular y esencialmente, de la gracia de Dios. Por nuestra parte, podemos cultivarlos evitando el pecado y practicando las virtudes morales e intelectuales. Debemos

estar siempre dispuestos a obedecer para deshacernos de aquello que pudiera impedir u ofrecer resistencia al movimiento del Espíritu Santo. Por ejemplo, si somos testarudos, egoístas o autocomplacientes, estamos creando obstáculos en nuestras almas e impidiendo el trabajo de la gracia. No podemos disfrutar de los dones del Espíritu Santo de forma estable o duradera mientras permanezcamos dispuestos a pecar o indecisos en cuanto a nuestra determinación de nunca ofender a Dios. En el Evangelio, Cristo nos recuerda que “nadie puede servir a dos señores” (Mateo 6, 24).

Los dones del Espíritu Santo aparecen cuando estamos viviendo con verdadera caridad divina. Cuando amamos a Dios sobre todas las cosas, y cuando amamos todas las cosas en su nombre, entonces ese mismo fuego de amor espiritual nos hace sutilmente sensibles a su dirección. Por lo tanto, los dones aparecen con la caridad y, a su vez, nos llevan a mayor santidad y amor. Los dones siempre están presentes en conjunto, ya que en la vida de amor divino forman un todo orgánico integral. (Esto es así aunque, en casos particulares, es necesaria y evidente la función de un don en particular.) En la caridad, los dones no se pueden desunir o repartir por separado, y obran de tal modo que se refuerzan, complementan y recargan unos a otros puesto que actúan unidos para mantenernos en consonancia con la voluntad de Dios.

Los dones nos hacen como Cristo

Como los dones crean una exquisita sensibilidad y apertura a Dios, podemos decir que son, en cierto sentido, la dignidad suprema de nuestra naturaleza humana. Incluso Nuestro Señor Jesucristo, como verdadero hombre, fue dotado con los dones. En su infinita y amorosa sabiduría, Dios ha establecido que sólo mediante los dones del Espíritu Santo las almas se hacen plenamente atentas, alertas y vigilantes a las solicitudes del Espíritu. Cuando los recibimos, los dones nos conducen a una conformidad más profunda con Cristo, quien, en su perfecta humanidad, era suprema y perfectamente sensible y sujeto a las inspiraciones de Dios.

Nuestra participación en la gloria de los dones del Espíritu Santo no está limitada al tiempo de nuestra corta vida terrenal. Es cierto que, en esta vida actual, los dones nos ayudan en las áreas que purifican y perfeccionan nuestra relación con Dios. De manera especial nos protegen contra la tentación y las pruebas que nos pone el mal. Pero en el cielo, nuestra vida entera seguirá los movimientos y la vida del Espíritu Santo. Los dones nos permitirán participar en la vida misma de la Santísima Trinidad, de una forma que sólo Dios puede

enseñarnos. En su esencia, entonces, los dones del Espíritu Santo perdurarán y continuarán activos en el cielo. Allí, éstos permanecerán y continuarán activos en el cielo. Allí serán plenamente permanentes y perfectos, permitiéndonos disfrutar de una comunión total con Dios y con todos los ángeles y santos en Él. Juntos nos regocijaremos en el propio amor y belleza de Dios, y participaremos de ellos juntos como sus amados hijos por siempre.

LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO

El don del temor de Dios

¿Por qué querría Dios darnos un don llamado “temor de Dios?” ¿Cómo podría el temor ser bueno y deseable? Santo Tomás de Aquino nos dice que necesitamos el don del temor como una especie de primer comienzo de la perfección de todos los dones. Porque el temor de Dios nos condiciona a mostrar la debida reverencia a Dios y a estar totalmente consagrados a Él. De esta forma, el temor de Dios es la base sobre la cual están contruidos los otros dones.

Como todos los dones del Espíritu Santo, el temor de Dios es una disposición permanente de los poderes del alma que hace que el creyente sea receptivo a la inspiración y los movimientos del Espíritu Santo. Cuando decimos esto, queremos decir que el temor de Dios es una condición duradera y estable, un refinamiento o disposición que nos hace consistente y felizmente receptivos a Dios. Sin ser receptivos, sin ser sumisos y dóciles (instruibles), ¿cómo podríamos pasar a disfrutar de los otros dones? El temor de Dios prepara el camino para el resto de los dones, guiándonos para que reverenciamos a Dios y evitemos todo aquello que nos aleje de Él.

El temor de Dios no es cuestión de ansiedad o terror. Más bien, se caracteriza por una determinación serena pero anhelante. ¿Cómo nos ayuda el temor de Dios a seguir a Dios? Santo Tomás nos ayuda a verlo cuando nos señala una realidad común de la vida: antes de que las personas puedan comenzar a hacer el bien, primero deberán apartarse del mal. Según sabemos por experiencia propia, el temor siempre implica alejarse de algo que consideramos una amenaza para nuestro bienestar.

En nuestra relación con Dios, el temor puede actuar de dos maneras. Primero, el temor puede ser un temor al castigo (especialmente el infierno). Podemos y debemos apartarnos del mal, correr a Dios y permanecer cerca de Él

cuantas veces nos sentimos intimidados por la realidad del castigo. Santo Tomás se refiere a esta clase de temor como temor “servil,” el temor de quien obedece al amo por la posibilidad del castigo. El temor servil, sin embargo, no incluye toda el margen de libertad y gracia del que Nuestro Señor quiere que disfrutemos. Existe una segunda y más santa clase de temor que no tiene que ver con el castigo, sino con el bien maravilloso de comunión con Dios.

Esta segunda clase de temor no le tiene miedo a ser castigado, sino a perder a Dios. Santo Tomás llama a esto temor “filial,” el temor de los hijos, puesto que es la clase de temor que un buen hijo deberá tener de quebrantar o perder su relación con su padre. Tener temor filial significa estar ansioso de evitar el mal de ofender a Dios o de hacer algo que pudiera dañar nuestra relación con Él.

Este don del Espíritu Santo, el temor de Dios, es un don del temor filial. Mediante este don, respondemos a la orientación que nos da el Espíritu, abandonando los placeres perniciosos sólo por amor a Dios. En efecto, este don transforma la forma en que vemos a Dios. Santo Tomás llega a decir que la caridad que da forma al don del temor nos permite ver a Dios a la vez como nuestro padre y *¡hasta nuestro cónyuge!* En otras palabras, la caridad (amor) que está activa en el Temor de Dios nos hace agudamente sensibles a la forma en que Dios nos ama y que debemos corresponder a ese amor. Mediante el temor de Dios, nos hacemos profundamente sensibles a cualquier cosa que pudiera debilitar nuestra vida de amar a Dios y disfrutar de su amor.

Existe, entonces, algo totalmente irónico sobre el temor de Dios. Este temor es producido por amor. Según explica Santo Tomás, el amor es la madre de la que nace el temor, porque una persona teme perder sólo lo que ama. Cuando nuestros deseos se centran firmemente en algo, no podemos soportar la idea de perderlo. La privación del objeto de nuestros afectos es algo que tememos como un mal. En este sentido, entonces, el temor por su misma naturaleza surge del amor. Este conocimiento profundo nos lleva a preguntarnos: “¿Qué es lo que verdaderamente temo perder?” Si vemos qué tememos perder, entonces veremos qué es lo que realmente amamos en la vida.

Sabiendo lo que es el temor, vemos por qué es correcto decir que hasta el mismo Jesús tenía el don del temor de Dios. Porque cuando tememos a otra persona con temor filial (hasta a una persona divina, como Dios Padre), tememos la pérdida de algo asombrosamente bueno. Lo que Cristo temía – lo que Él ansiaba no perder nunca – era lo más asombroso de Dios, en particular, su infinito amor. Como resultado, el alma humana de Jesús era movida por el

impulso del Espíritu Santo a una reverencia profundamente respetuosa a Dios. Santo Tomás comenta que, como hombre, Cristo tuvo un sentido de reverencia a Dios más profundo que el que nadie haya tenido.

Debido a este temor santo y amoroso, Jesús no rechazó su agonía o la angustia de la Pasión. Algo mayor que el tormento de la tortura lo abrumaba y lo movía a rechazar vehementemente cualquier hecho que lo hubiese apartado en lo más mínimo de la voluntad de su Padre. Por lo tanto, fue precisamente la maldad de la violencia y el castigo – la maldad que se suponía que desanimara a Jesús (¿"No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?" [Juan 19, 10]) – lo que lo impulsó. Porque al responder fielmente al temor de Dios en su alma humana, Jesús dio paso a que el temor servil de otros fuera transformado en auténtico temor filial. Con su propio sufrimiento y amor, Jesús nos enseña y nos permite buscar la reconciliación e infinita comunión con Dios sobre todas las cosas.

El temor de Dios de Jesús nos permite entender cómo podemos esperar que actúe el temor de Dios en nuestra propia alma. Como vemos en la Pasión, un efecto importante del temor de Dios es la humildad pura y total. Con el temor de Dios, no sólo estamos dispuestos sino ansiosos y felices de soportar el sufrimiento por amor a Dios y su plan de salvación. El santo temor nos disciplina, para que dejemos de buscar la gloria para nosotros mismos, y por el contrario, busquemos la gloria de Dios y nuestra propia felicidad en Él. El temor de Dios reverencia y ama a Dios, y así arranca los verdaderos orígenes del orgullo humano. El temor es un remedio para todo orgullo y arrogancia del espíritu, que son los males que más fácilmente nos apartan del Señor.

Este efecto de la humildad aumenta en proporción a nuestra caridad. Mientras más amamos a Dios, mayor es el temor de ofenderlo y de separarnos de Él. Asimismo, mientras más amamos a Dios, menos tememos al castigo: el verdadero amor nos libera de la preocupación por nuestro propio bienestar, y nos hace prestar atención, no al castigo, sino al tremendo amor que no nos podemos dar el lujo de perder. El amor humilde que indudablemente nos une a Dios también nos hace tener mayor confianza en la recompensa, y por consecuencia, menos miedo al castigo.

Un segundo efecto del temor de Dios, entonces, es el incremento de la Esperanza. Santo Tomás señala que el temor vuelve sumiso al espíritu, de modo que éste no se enorgullezca de las cosas presentes. Y nos fortalece con el pan de la esperanza mientras esperamos lo que aún está por venir. El don del Espíritu no hace que nos preocupe si Dios nos salvará o no, sino hace que deseemos

evitar cualquier desacato, pecado o negligencia de nuestra parte que pudiera rechazar o disminuir la efectividad de esa ayuda divina. De esta manera, el temor y la esperanza trabajan unidos. La esperanza confía en que Dios hará grandes cosas por nosotros, mientras que el temor nos mantiene puros y humildes, en el estado perfecto para recibir las gracias llenas de amor de Dios. En cierto sentido, la esperanza hasta hace que el temor sea más intenso, ya que mientras más esperanza tengamos en otro (en Dios, en este caso), más deseosos estaremos de no perder ese don ofendiendo a nuestro benefactor o separándonos de Él.

El temor de Dios también nos permite vivir la bienaventuranza: “Bienaventurados los pobres de espíritu” (Mateo 5, 3), de forma más auténtica. Porque el don del temor no sólo nos libera de la vanagloria del orgullo; también nos impide ansiar la fama que puede obtenerse con bienes externos, tales como honores y riquezas. Por lo tanto, debido al temor sólo ansiamos a Dios, y nos liberamos del orgullo y la codicia que nos harían correr tras tesoros que no son el propio Dios.

El temor de Dios también fortalece la virtud de la templanza (esa virtud que nos mantiene libres y moderados en lo que concierne a los placeres de la carne). Como el don del temor de Dios nos impulsa a buscar primero que nada a Dios mientras nos apartamos de todo lo que pudiera ofenderlo o separarnos de Él, este don también refrena de inmediato el deseo de entregarnos a los placeres de la carne. Cuando amamos a Dios sobre todas las cosas y el Espíritu Santo nos lleva a valorar absolutamente su amor, entonces con más facilidad evitaremos los pecados relacionados con los deseos y placeres del cuerpo.

Santo Tomás nos dice que, de los siete dones del Espíritu Santo, el temor de Dios es el primero en orden de necesidad, último en el orden de nobleza. El temor de Dios abre una puerta para hacer el bien. Es el fundamento o el comienzo de la actividad de todos los otros dones. De esta forma, “el temor de Yahveh es el principio del saber” (Salmos 111, 10), es la raíz del saber y el inicio de su vida.

En el cielo, donde el amor es perfecto, no habrá lugar para temor al castigo (1 Juan 4, 18) ni posibilidad de ofender a Dios. Sin embargo, aun podemos decir que lo más santo del temor – reverencia a Dios – permanecerá incluso en la gloria del cielo. Allí, el temor no implicará ansiedad o preocupación de pecar, sino que será perfecto en completa paz, en el absoluto rechazo firme y final del mal, y en la tranquilidad total de amar a Dios sobre todo y en todo.

El don de la piedad

¿Podríamos alguna vez llegar a demostrar a Dios el honor y la devoción que Él merece? Aunque tratáramos, nunca podríamos hacerlo por nosotros mismos. Para poder rendir a Dios la clase de homenaje que le debemos como sus criaturas e hijos adoptivos, necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. El don de la piedad es el don particular por el que el mismo Dios Espíritu Santo nos permite acercarnos a Dios a rendirle el homenaje y veneración de la mejor forma y la más apropiada. En una de las oraciones de su liturgia, la Iglesia expresa el hecho de que sólo Dios puede enseñarnos a alabarle y honrarlo de forma apropiada: “Padre, aunque no necesitas nuestra alabanza, ni nuestras bendiciones te enriquecen, tú inspiras y haces tuya nuestra acción de gracias, para que nos sirva de salvación, por Cristo, Señor nuestro”.³

El don de la piedad nos ayuda a darnos cuenta de cuál es el propósito fundamental de nuestra existencia: “Dios nos ha puesto en el mundo para conocerle, servirle y amarle, y así ir al cielo.”⁴ Mientras que el temor de Dios nos ayuda a evitar los males, la piedad nos permite un *acercamiento* genuino y santo a Dios, de modo que profundicemos y afirmemos nuestra relación con Él mediante la adoración y las buenas obras.

Para comprender el don de la piedad – esto es, la disposición especial del alma mediante la cual el Espíritu Santo nos hace más sensibles a su propia inspiración – debemos saber lo que es la piedad en general. Desafortunadamente, la piedad está con frecuencia mal representada y parodiada por ideas falsas, prejuicios y estereotipos. Tenemos la tendencia a confundir la verdadera piedad con una clase de falsa dulzura, con devoción externa superficial y con sentimentalismo fingido en la Iglesia. La piedad auténtica, sin embargo, está muy lejos de todas esas cosas. La verdadera piedad, de hecho, es una virtud que gobierna nuestro comportamiento en todo momento, y no sólo cuando estamos inmersos en la oración, adoración y otros actos de devoción religiosa. La esencia de la verdadera piedad está en demostrar el debido honor, respeto y aprecio por aquellos que merecen tal estima.

Al hablar de piedad (la virtud en general, no el don), Santo Tomás de Aquino explica que ésta tiene que ver con el cumplimiento de nuestro deber y el espíritu de servicio a aquellos que son importantes en nuestra vida. Antes que nada, están aquellos con quienes estamos emparentados, de nuestra propia sangre, y muy especialmente nuestros padres. La piedad también tiene que ver con el patriotismo, nuestro deber y devoción a nuestro país. Santo Tomás dice

que la piedad denota la reverencia que tenemos para con nuestros padres y nuestra patria. Pero la virtud de la piedad naturalmente extiende su consideración a todos aquellos con quienes compartimos fidelidad o intereses comunes; por lo tanto, está dirigida al bien común.

Con esto en mente, podemos ver cómo corresponde la virtud de la piedad al llamado a la justicia del Evangelio: la piedad nos hace reconocer lo que debemos a los demás, ya sea que tengan un papel superior en nuestra vida (como en el caso de los padres, maestros, entrenadores y otras autoridades) o que nos hayan otorgado beneficios específicos (como los amigos, benefactores, compañeros de trabajo, defensores de toda clase). En justicia – dándole a cada persona el crédito debido – la piedad nos impulsa a demostrar gratitud y aprecio a cualquiera que sea fuente de vida, madurez, desarrollo humano y enriquecimiento personal en nuestra vida. Como virtud, la piedad nos ofrece la oportunidad de dar una expresión sagrada al amor que tenemos y debemos a nuestra familia, nación, amigos, colegas y asociados.

Como todos los dones del Espíritu Santo, el don de la piedad es una disposición permanente o refinamiento de los poderes de nuestra alma. Específicamente, la piedad nos hace altamente sensibles a las indicaciones del Espíritu Santo en lo que concierne a honrar a Dios como *nuestro Padre*.³ Santo Tomás explica que, porque Dios es llamado Padre nuestro *par excellence*, la reverencia a Él es llamada piedad.

Al ser receptivos por el don de la piedad, somos llevados a honrar y servir a Dios con espíritu filial. La piedad es un don por el cual somos llevados a participar de manera práctica de la filiación de Jesucristo, el eterno y divino Hijo de Dios. Al mismo tiempo, el don de la piedad ofrece honor y servicio a todas las personas con base en nuestra relación con Dios como sus hijos. Por esta razón Santo Tomás señala que el don de la piedad inspira cualquier acto por el cual una persona hace el bien a todos por reverencia a Dios.

El interés por otros es la segunda inquietud del don de la piedad. Porque la piedad, como Dios, tiene interés en acudir en ayuda de los necesitados. Santo Tomás cita a San Agustín al respecto, quien dice que rendimos honor a quienes amamos al honrar bien sea su memoria o su compañía. Ayudando a los demás en sus luchas, honramos al Padre al servir a sus hijos. Esta dinámica de servicio generoso sigue siendo la vida de la Iglesia, según se evidencia por el amor mutuo y la constante intercesión de los santos en el cielo. Santo Tomás señala que los santos continúan manifestando el don de la piedad al honrarse mutuamente en el cielo y mostrando compasión por nosotros en la tierra en

nuestros momentos de desdicha. El origen de la intercesión de los santos por nosotros es un impulso piadoso.

Santo Tomás relaciona las Bienaventuranzas “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia” (Mateo 5, 6) y “Bienaventurados los misericordiosos” (Mateo 5, 7) con el don de la Piedad porque la Piedad llena el corazón de entusiasmo por hacer obras de misericordia. El acto principal de este don, que es la reverencia filial a Dios permanecerá aun en el cielo porque el profundo afecto que tenemos por los demás sólo aumentará al entrar al regocijo de los santos. En el cielo se practica la piedad cuando los santos manifiestan su amor a Dios al honrarlo juntos y honrar las maravillas que su gracia ha obrado en todos los elegidos. El don de la piedad persiste en el cielo, donde realza el regocijo mutuo y el gozo que experimentan los santos en compañía unos de otros.

Ahora, aunque el don de la piedad afecta naturalmente la forma en que damos culto a Dios en la oración y en otras prácticas religiosas, tiene que ver principalmente con nuestra devoción a Dios como sus hijos adoptivos en Cristo. El don de la piedad nos recuerda que somos hijos de Dios, y nos da una confianza y satisfacción especial recordarlo. Gracias a este don, damos verdadero culto y servicio a Dios Padre, honramos a los santos, se hacen buenas obras para aliviar la desdicha humana y nos regocijamos al ser adoptados en la vida de la Trinidad.

El don de la ciencia

En nuestro mundo existen tantas opiniones como personas (¡si no más!), y cuando se trata de preguntas sobre religión encontramos que hasta en la Iglesia podemos escuchar voces de disidencia y confusión que nos podrían apartar de la Verdad de Dios. ¿Cómo podemos saber lo que necesitamos creer y cómo valorar las cosas de acuerdo a la fe? Una gracia que Dios nos da para capacitarnos para alcanzar una aceptación (acuerdo) completa y profunda de la verdad de la fe es el don de la ciencia. El don de la ciencia es una disposición de la mente humana que nos dispone a seguir los impulsos del Espíritu Santo cuando juzgamos las cosas humanas o creadas con relación a Dios. Mediante el don de la ciencia, el Espíritu Santo guía nuestro juicio para que podamos reconocer las cosas creadas – especialmente los pensamientos, las palabras, las inclinaciones, las circunstancias y las obras del ser humano – a la luz de la fe.

El don de la ciencia, cuando es eficaz, ayuda a diferenciar entre lo que es y lo que no es consistente con la fe. Por medio de este don, Dios nos permite reconocer cuándo algo humano y temporal – un plan, una práctica, una idea – debe recibirse como consistente con la verdad revelada.

A diferencia de Dios mismo, cuya ciencia es “clara y sencilla,” instantánea y perfecta, nuestra ciencia humana depende de un proceso de razonamiento y progreso lógico. Nosotros naturalmente necesitamos ejemplos, argumentos, diagramas, evidencia, ilustraciones, instrucción y muchas otras ayudas antes de que podamos saber algo con certeza; y, por supuesto, podemos cometer errores. Por su parte, Dios juzga la verdad de todas las cosas mediante un discernimiento sencillo y absolutamente infalible. Y aunque parezca extraño, Él desea darnos una parte de esa capacidad. Mediante el don de la ciencia, el Espíritu Santo nos bendice con la capacidad de conocer y juzgar con una habilidad que se asemeja, hasta cierto punto, a la ciencia perfecta de Dios.

Al enfrentarse a hechos, ideas, circunstancias o cualquier ser creado, el creyente en quien está activo el don de la ciencia, reconocerá lo que está en armonía con las verdades de la fe. Este don opera entonces como una especie de instinto sobrenatural para diferenciar lo auténtico de lo no auténtico en todo lo que se refiere a Dios y a nuestra salvación. El don de la ciencia evita que los santos – aquellos que verdaderamente aman a Dios – caigan en errores y confusiones sobre la fe y la moral.

Según explica Santo Tomás, aunque la fe trata sobre lo divino y eterno (es decir, Dios), el acto de creer es un hecho temporal y creado en la mente del creyente. Nuestras ideas sobre Dios, aunque sean ciertas, no son iguales a Dios mismo. Por eso se necesita un don particular para analizarlas aquí y ahora. La ciencia nos proporciona un medio para adaptar nuestras creencias a la verdad de la fe, dándonos así confianza y certeza en los asuntos relacionados con los juicios prácticos y teóricos de la religión.

En esta explicación de la ciencia, Santo Tomás expresa que la ignorancia nunca se aparta totalmente de nosotros excepto mediante la infusión de dos clases de ciencia: ciencia teórica y ciencia práctica. El don de la ciencia del Espíritu es tanto teórico como práctico. Primero que nada, está comprometido con la contemplación, iluminando al creyente para que sepa lo que debe creer por fe. Por lo tanto, la verdad pura sigue siendo el interés principal del don. Sin embargo, en un plano secundario, el don de la ciencia también se ocupa de lo que hacemos y pensamos, puesto que nuestras obras y nuestra vida activa y práctica deberán ser dirigidas por el conocimiento de la verdad divina, los

asuntos de fe, y las conclusiones a las que nos permiten llegar. La ciencia, entonces, también evita que nos engañen sobre todo lo relacionado con la vida moral y los aspectos prácticos que tienen que ver con la fe.

El testimonio de la eficacia del don de la ciencia es la integridad de los santos. Por la efusión de la gracia del Espíritu, los santos poseían un juicio seguro en todos los asuntos de fe y los aspectos prácticos, de modo que ellos nunca se apartaron de los caminos rectos de la justicia y la fe verdadera. El Espíritu Santo nos llama a la misma clase de santidad y para eso nos da su don de la Ciencia.

Desafortunadamente, aun así, caemos. Conocemos muy bien la tentación de dedicarnos a las cosas perversas como si fueran realmente buenas, enriquecedoras y satisfactorias para nosotros. Cuando nos dedicamos al mal bajo la apariencia del bien, éste inevitablemente vuelve contra nosotros y nos traiciona. Las mismas cosas que habíamos deseado dominar, por el contrario, nos dominan. Nos dejamos cegar por los males (¿disfrazados de bienes!) y nos roban nuestra libertad auténtica. Las cosas creadas en las que por error confiamos para realizarnos, se tornan en ocasiones trágicas para apartarnos de Dios. Santo Tomás analiza estas trampas – esas cosas creadas que por error buscamos y amamos como si nos fueran a satisfacer – y las compara con ídolos, los cuales, según dice la Escritura: “son una abominación entre las criaturas de Dios, un escándalo para las almas de los hombres, un lazo para los pies de los insensatos” (Sabiduría 14, 11). El don de la ciencia nos da el sentido común sobrenatural necesario para no caer en estas trampas.

El oficio y función del don de la ciencia es juzgar con rectitud las cosas creadas para purificar y perfeccionar nuestra relación con Dios. Las cosas creadas nunca nos pueden llevar al gozo espiritual, a menos que se disfruten en su relación adecuada y debida con el Bien Divino. De manera especial, el don de la ciencia del Espíritu nos ayuda a llegar a este recto juicio sobre las cosas creadas. Nos ayuda a tomar conciencia de la pérdida mortal que nos pueden provocar las cosas creadas cuando dejamos que nuestra felicidad dependa de ellas. Y nos ayuda a mantener una relación correcta y santa entre la bondad no creada de Dios y las cosas de la creación diseñadas para guiarnos hacia la bondad divina. El don de la ciencia infunde en nosotros un sólido sentido de equilibrio, proporción y juicio.

Por esta razón, Santo Tomás relaciona el don de la ciencia con la bienaventuranza de la aflicción (Mateo 5, 5). En esto, él se apoya en el discernimiento de San Agustín, quien expresa que la ciencia es conveniente

para los que lloran, esto es, para quienes han aprendido la dura lección de la derrota que experimentan cada vez que buscan lo perverso como si fuera un bien. Santo Tomás nos recuerda cuán preciosa es el conocimiento que adquirimos por nuestros errores. Es cierto que nos llena de dolor por lo que hemos hecho mal. Pero al mismo tiempo nos da verdadero consuelo, porque el remordimiento que nos provocan por nuestras caídas finalmente nos persuade para que aceptemos las cosas creadas de nuestra vida de la forma en que Dios quiere que las aceptemos: no convirtiéndolas en ídolos sino usándolas por la Providencia de Dios para que nos acerquen más a su amor. El recto juicio de la ciencia nos consuela dándonos la seguridad de que las cosas creadas están ordenadas hacia el bien divino.

Santo Tomás dice que el bienestar que genera el don de la ciencia comienza ahora pero será completo sólo en el cielo. Por lo tanto, aunque actualmente, en la tierra, este don combate el hambre de la ignorancia, sólo en el cielo el don manifestará su verdadero valor. Porque allí está destinado a llenar y satisfacer la mente con una completa y perfecta certeza, no por fe, sino por visión, porque en el cielo, veremos a Dios.

El don de la fortaleza

De primera intención, parecería que los dones de fortaleza (valor) y temor de Dios se invalidan mutuamente. ¿Cómo puede el Espíritu Santo ofrecernos dos gracias aparentemente opuestas; temor y valor? Debe ser que estos dos dones realmente no son opuestos, sino complementarios. El temor de Dios nos hace apartarnos de cualquier mal y abstenernos de cualquier acción que pudiera ofender a Dios o perjudicar nuestra relación con Él. Sin embargo, nuestro sagrado compromiso de mantener una relación reverente y recta con el Padre como sus hijos, está constantemente bajo ataque del mundo y las fuerzas del mal. La reverencia y el temor de Dios son necesarios, pero no son suficientes: necesitamos una fuerza adicional que nos dé fortaleza y templanza en la lucha. Es el don de la fortaleza del Espíritu Santo.

Santo Tomás de Aquino nos enseña que la fortaleza (también llamada valor), es esa firmeza de mente y espíritu que necesitamos tanto para hacer el bien como para resistir al mal. Necesitamos esa determinación especialmente cuando resulta difícil abrazar el bien y evitar el mal. El don de la fortaleza del Espíritu nos impide ceder a la presión negativa.

Mediante el poder mismo de Dios, el don de la fortaleza va más allá y perfecciona la virtud moral natural de la fortaleza. Porque la virtud humana, la fortaleza, hace que nuestra mente sea capaz de enfrentar y resistir los peligros; sin embargo, no tiene los recursos para darnos la confianza de que nos libraremos de *todos y cada uno de los peligros* que se nos presentan. La completa confianza sobrenaturalmente estable pertenece al don de la fortaleza. Porque mediante este don, el Espíritu Santo mueve nuestra mente humana para que rebase sus habilidades naturales particulares de modo que podamos disfrutar de una confianza plena y perfectamente bien fundada en la fuerza de Dios. Este don nos permite continuar y perseverar para que podamos alcanzar los bienes más difíciles de lograr y soportar los sufrimientos. Por supuesto, el Espíritu Santo logra final y gloriosamente esta obra espiritual en nosotros cuando nos lleva a la vida eterna: el fin consumado de todas las buenas obras y la liberación final de todo peligro.

La fortaleza, que es un don del Espíritu Santo, opera como una confianza evidente y firme que nos permitirá sortear los terrores y las pruebas de la vida terrenal hasta alcanzar la alegría eterna del cielo. Dotados de fortaleza, no cederemos ante cualquier temor que amenace nuestro camino hacia Dios. La fortaleza no dará audiencia a este temor. A manera de censor sagrado, la fortaleza elimina toda credibilidad e influencia del temor y el desánimo que nos alejarían del camino de Cristo.

Esta ayuda divina es sumamente necesaria en nuestra vida de fe. Si se deja sola, nuestra voluntad humana, débil y pecaminosa, está demasiado inclinada a alejarse de la dirección de la razón y la conciencia. Cuando nuestra voluntad encuentra obstáculos para obedecer los dictados de la razón (porque, por ejemplo, lo que sabemos que es bueno y correcto tiene algunas características difíciles o desagradables), la fortaleza interviene para eliminar ese obstáculo. El valor, por lo tanto, ayuda a nuestra voluntad a seguir los dictados de la razón. Ante los grandes males, el valor logra la adhesión de la voluntad humana a lo que es realmente bueno.

De manera particular, la fortaleza tiene que ver con el miedo y la dificultad de la muerte. Entregar nuestra vida es sin duda el mayor reto al valor. El don de la fortaleza, sin embargo, nos permite rechazar todo aquello que dificulte nuestra firmeza, especialmente las amenazas a nuestra vida corporal. En este sentido, la fortaleza hace algo más que frenar nuestro miedo. Más bien, la fortaleza nos impulsa a perseverar hasta nuestra meta – “el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús” (Filipenses 3, 14),– de manera

sobrenaturalmente confiada y calculada. Mediante la fortaleza, Dios mismo nos da seguridad, brindándonos confianza en su poder para ayudarnos a vencer todas las dificultades y alcanzar la bendición final del cielo.

Con frecuencia en la vida nos enojamos y nos frustramos por nuestra falta de paciencia. Santo Tomás señala que la paciencia es un fruto del don de la fortaleza del Espíritu Santo. Por lo tanto, el verdadero remedio para nuestra impaciencia no está en nosotros, sino en Dios. Ese poder, otorgado en la fortaleza, hace posible que continuemos y perseveremos a través de todas las dificultades, grandes y pequeñas, mediante la guía y confianza que nos ha comunicado el Espíritu.

De manera similar, el sufrimiento prolongado – la habilidad de perseverar en medio de retos prolongados – es un fruto de este don espiritual. La fortaleza nos da templanza en las obras buenas, pero arduas. Nos permite continuar y perseverar en la realización de tareas extenuantes.

Santo Tomás relaciona la bienaventuranza de “hambre y sed de justicia” (Mateo 5, 6) con el don de la fortaleza. San Agustín sostenía que el valor es propio de los que tienen sed, porque los sedientos trabajan duro para hacer lo necesario por conseguir la bebida que satisfará su sed. De la misma forma, los valientes trabajan duro y se aplican en su anhelo por lograr la felicidad que ellos saben que recibirán una vez hayan logrado su meta. Tan es así, que los valientes están dispuestos a apartar sus afectos de las comodidades y placeres mundanos legítimos. Se sacrifican y despojan a sí mismos sin dejarse vencer por su sufrimiento. El don de la fortaleza nos llena de un anhelo insaciable que nos sostiene y nos da el poder de oponernos a los males y seguir adelante con los actos virtuosos que nos llevan a Dios y al cielo.

Las enseñanzas de Jesús en el Evangelio nos aseguran que, en la Providencia de Dios, la adversidad es necesaria en la vida actual. La misma Pasión del Señor es el mayor testimonio de esta verdad. El don de la fortaleza del Espíritu no revoca o niega este reto, pero nos hace valientes y confiados al enfrentarlo. Como dice Santo Tomás, la fortaleza provee el “pan de confianza” que permanece aun en el futuro. Y por eso el don de la fortaleza nos acompaña hasta la vida de gloria. Porque en el cielo, el acto de valor es el gozo de verse absolutamente libre de los afanes y los males.

El don del consejo

Como señalamos previamente en nuestro estudio sobre el don de la ciencia, los seres humanos somos criaturas racionales. Por lo general, nuestras acciones siguen cierto grado de premeditación y consideración. Ponderamos y meditamos, estudiamos, consideramos y rumiamos. Buscamos opiniones expertas, confiamos en las experiencias de otros y comparamos opciones del presente con decisiones del pasado. Toda esta investigación razonada tan característica del pensamiento de los seres reflexivos podría llamarse “la búsqueda del consejo”.

El Espíritu Santo reconoce y estima esta dinámica tan humana, y adopta a nuestra manera de pensar un don especial que profundiza y perfecciona el poder humano de la deliberación. Ese es el don divino del consejo. El don del consejo nos torna sensibles al movimiento del Espíritu Santo de una manera sumamente compatible y afín a la forma prudente en que nos motiva a actuar.

La persona humana vive en un constante estado de búsqueda. El *Catecismo* nos dice que “sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar. (...) Y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador”.⁶ En nuestra búsqueda, necesitamos la guía invaluable, la opinión o “consejo” de Dios, quien sabe todas las cosas.

Esta guía nos viene del cielo por el don del consejo del Espíritu, por medio del cual nos guía el propio consejo de Dios. Santo Tomás de Aquino lo compara con la experiencia de quienes se ocupan de los asuntos humanos, pero que carecen de los conocimientos necesarios para tomar decisiones. En tal caso, simplemente acudimos a los que están debidamente calificados para poder beneficiarnos de su sabiduría y pericia. El don divino del consejo nos mueve a aprovechar el discernimiento y la guía del Espíritu Santo.

La orientación del don del consejo es siempre altamente específica y práctica. Se nos da para guiarnos hacia un fin o meta muy particular. ¿Y cuál es el fin que determina la operación del consejo? El don del consejo no nos brinda ayuda en los asuntos mundanos. Más bien, este don nos hace sensibles a la iluminación de Dios en todo lo relacionado con la vida eterna. Todos los que son amigos de Dios por la gracia pueden esperar el beneficio de recibir Su consejo sobre lo necesario para la salvación.

El don del consejo corresponde intrínsecamente a la virtud moral conocida como prudencia, la virtud principal, que es el hábito de reconocer el bien y trazar el rumbo correcto para conseguirlo. La prudencia, al igual que el don del consejo, está dirigida a lograr lo que es específico y particular. Luego el consejo perfecciona la prudencia en relación con el objetivo final de la vida eterna. Complementa y perfecciona la prudencia al introducir el juicio y consejo de Dios mismo, y así, iluminada por el consejo, la prudencia se convierte en la guía práctica de Dios y se ajusta a la excelencia de la sabiduría divina.

En la operación del consejo, el Espíritu Santo eleva y ennoblece nuestra dignidad como personas humanas ayudándonos de forma armónica con nuestra forma natural de pensar y actuar. Lejos de controlarnos o confundirnos, el Espíritu protege e ilumina nuestra mente de manera que promueve nuestra libertad humana. Al avivar nuestra prudencia con el consejo, el Espíritu Santo abre nuestra mente para que preste atención a la prudencia perfecta de Dios mismo. Nuestra mente entonces es iluminada sin violencia, de modo que la dirección sobrenatural es asimilada dentro del proceso natural de la reflexión.

El don del consejo conlleva consecuencias muy prácticas, porque el consejo nos protege de la necedad y de la impetuosidad (actuar sin pensar). Dotando el alma con razonamiento moldeado a lo divino, el Consejo nos salva de los peligros de juicios prácticos apresurados, imprudentes y erróneos en nuestro camino a la vida eterna. Nos protege de nuestros métodos impulsivos o precipitados. El don del consejo nos protege de la imprudencia y guía nuestras acciones prácticas con el juicio más sensato.

Es también muy significativo que el don del consejo nos libere de la trampa de la confianza en nosotros mismos. No cabe duda de que tenemos demasiada tendencia a confiar en nosotros mismos y nuestros escasos recursos para alcanzar nuestras metas. Este individualismo radical nos impide ser personas maduras y nos engaña con una ilusión de autosuficiencia. En realidad, por supuesto, la madurez siempre implica una dinámica de interdependencia vivificante, al tiempo que reconocemos que nuestra necesidad práctica de Dios, constante, fundamental y muy urgente, es la raíz misma de la vida de la fe. Santo Tomás señala que hasta los ángeles en el cielo consultan a Dios sobre sus deberes como nuestros protectores y guardianes. La instrucción siempre sabia que ellos reciben de Dios también viene del Espíritu mediante un don del consejo perfectamente adaptado a las inteligencias angelicales. Si los ángeles con todo su poder y santidad tienen la necesidad del consejo práctico de Dios,

cuánto más lo necesitamos nosotros, que somos ignorantes y débiles, y estamos aún a prueba.

El don del consejo es de particular importancia para nuestra cooperación con el Señor en las obras de su Providencia para nuestro prójimo. Según señala el *Catecismo de la Iglesia Católica*: Dios “quiere que cada uno reciba de otro aquello que necesita, y que quienes disponen de ‘talentos’ particulares comuniquen sus beneficios a los que los necesiten. Las diferencias alientan y con frecuencia obligan a las personas a la magnanimidad, a la benevolencia y a la comunicación”.⁷ Mediante la generosidad a la que somos llevados por el Espíritu, este don del consejo obra efectivamente para tejer la urdimbre que está hecha la Iglesia. El Señor una vez habló a Santa Catalina de Siena con estas palabras: “Yo he dado muchas virtudes y gracias, espirituales y temporales, con tal diversidad que yo no doy todas las virtudes por igual a cada uno... He querido que unos necesitasen de otros y que fuesen mis servidores para la distribución de las gracias y de las liberalidades que han recibido de mí”.⁸ El don del consejo asegura que esa distribución divina seguirá continuamente de acuerdo con el plan de Dios de manera que haya lugar para nuestra cooperación en la participación de las bendiciones de Dios.

A la luz de la conexión del consejo con las obras de la Providencia, Santo Tomás de Aquino relaciona el don del consejo con la bienaventuranza “Bienaventurados los misericordiosos” (Mateo 5, 7). Aquino observa que el consejo nos guiará inevitablemente a perdonar a los demás, ya que perdonar y dar misericordiosamente a los otros es, por gracia, el remedio para todos los males espirituales de nuestra vida. Los sobrenaturalmente misericordiosos siempre son guiados por el consejo, ya que Dios, quien abre nuestros corazones a la clemencia, también dirige el ejercicio de esa virtud mediante sus dones.

El don del consejo permanece con nosotros después de la muerte como un elemento necesario de la vida de gloria. Santo Tomás señala que hasta los bienaventurados deben realizar algunos actos que tienen un fin, tales como alabar a Dios o atraer a otros al destino que ellos han logrado. Son el ministerio de los ángeles y las oraciones de los santos. El papel del don del consejo es dar forma a estas actividades de acuerdo con lo que Dios sabe que es lo mejor. Por supuesto, en el cielo nuestra necesidad del consejo no surge de la duda; más bien es un efecto de nuestra completa atención a Dios y nuestra total confianza en su amante sabiduría.

El don de la inteligencia

La mayor parte del dolor que experimentamos parece ser causado por la falta de inteligencia. Nos sentimos tristes y a veces ofendidos cuando otros malinterpretan nuestras intenciones, palabras u obras. Esa tristeza se complica por el hecho de que nosotros también con frecuencia encontramos difícil o imposible entender las acciones de otros. Pero la inteligencia que buscamos no se limita a lo que decimos y hacemos. Sentimos una profunda necesidad de que otros nos entiendan “como somos.” Esto es, anhelamos que otros nos conozcan con una aceptación total que incluye un profundo aprecio de nuestra propia identidad.

De hecho, porque hemos sido creados y ordenados para la felicidad sobrenatural, permanecemos siempre inquietos y vacíos a menos que busquemos más allá de nosotros mismos para conocer verdades más profundas e inefables. Sin embargo, no estamos solos en nuestro deseo de entender y ser entendidos. ¡Dios también quiere ser entendido por nosotros! Y por eso Él nos bendice por medio del Espíritu Santo con el don de la inteligencia, para dotarnos con un claro e íntimo conocimiento de Él.

Santo Tomás de Aquino observa que el conocimiento humano comienza por el exterior mediante la interacción con las cosas a nuestro alrededor por medio de los cinco sentidos. Sin embargo, la luz natural de la inteligencia que poseemos tiene un poder limitado. En términos de comprensión, nos puede llevar sólo hasta cierto punto. Por lo tanto, necesitamos una luz sobrenatural capaz de atravesar las fronteras que limitan la luz natural de modo que nos dé acceso a un conocimiento que de otra forma nosotros mismos no podríamos alcanzar. Éste es el don de la inteligencia que nos da el Espíritu.

Esta inteligencia divina implica cierta excelencia de conocimiento mediante penetración interna. Santo Tomás señala que el propósito principal de este don es lograr en el creyente una seguridad espiritual de fe. La función del don de la inteligencia, entonces, es permitirnos ver el significado – la esencia y verdad más profunda – de los principios de lo que conocemos en la vida de la gracia.

Por lo tanto, la inteligencia sirve para satisfacer los anhelos urgentes de nuestra alma permitiéndonos comprender la verdad sobre nuestro destino final: somos llamados a la eterna comunión beatífica con Dios. La luz intelectual de la gracia del don nos permite valorar y agradecer correctamente este fin último. Al mismo tiempo, la percepción especial de la verdad producida por la

inteligencia nos impulsa a aferrarnos a este fin como nuestro bien máspreciado. Su luz nos hace comprender el valor y la importancia de todas las cosas.

Confiamos en el Espíritu Santo mediante el don de la inteligencia para que ilumine nuestra mente para reconocer la verdad sobrenatural que debe regir nuestra voluntad. En el proceso, vemos todas las obras humanas con relación a los preceptos de la Ley Eterna y nuestra meta de la comunión divina. La luz sobrenatural de la inteligencia supera el alcance de la razón natural cuando nos dota con el conocimiento de la verdad de cómo la ley divina mide los actos humanos.

Éste es el valor supremo del don de la inteligencia. Porque la inteligencia nos revela cómo las verdades eternas y necesarias de Dios sirven de norma constante para la conducta humana. Como el don de la inteligencia se extiende a todos los intereses pertinentes para la fe, la inteligencia también abarca las buenas obras que hacemos. La inteligencia nos ilumina sobre lo que debemos hacer. Porque las acciones humanas están gobernadas por razones eternas. Y nuestra razón humana se aferra a las razones providenciales de Dios al contemplarlas y dejarse guiar por ellas. De esta forma nuestra razón humana es perfeccionada por el don de la inteligencia para facilitar nuestra disposición a realizar buenas obras.

Así como todos los que están en estado de gracia poseen caridad divina, de la misma forma el don de la inteligencia les pertenece. Dios nunca priva de este don a los santos con respecto a nada que sea esencial para la salvación. Sin embargo, irónicamente, según explica Santo Tomás, en otros asuntos, a veces nos priva del don de la inteligencia de modo que nuestra incapacidad para ver con claridad todas las cosas pueda apartarnos de las tentaciones del orgullo. En otras palabras, Dios nos protege sabiamente de la soberbia de que cree que lo sabe todo, haciéndonos un poquito más difícil percibir los asuntos de menor importancia.

De manera especial, el don de la inteligencia nos brinda un acceso privilegiado al significado de la Sagrada Escritura. Porque la Inteligencia ilumina nuestra mente con respecto a lo que hemos escuchado. Santo Tomás recuerda aquel hermoso momento de ilustración cuando el Señor envió a sus apóstoles y “abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras” (Lucas 24, 45). Este don de la divina inteligencia permanece como un beneficio espiritual del apostolado.

Al mismo tiempo, aun si ocasionalmente carecemos de cierta claridad y agudeza intelectual con respecto a ciertos artículos de fe que debemos creer, no debemos llegar a la conclusión de que la Inteligencia nos ha fallado. Por el contrario, como creyentes podemos entender con confianza que estos artículos deben creerse y no deben dejarse por ninguna razón. Porque, como personas espirituales, la autoridad última en nuestra vida no es nuestro intelecto sin guía – por más brillante e ingenioso que parezca – sino el discernimiento e inspiración divinos del Espíritu Santo, compartido con nosotros en la manera y la magnitud que Él crea apropiado.

Santo Tomás relaciona este don de la inteligencia que proviene del Espíritu con la bienaventuranza que trata de la pureza de corazón (Mateo 5, 8). Los limpios de corazón permiten que sus vidas sean depuradas de ideas caprichosas y errores perjudiciales. Como resultado, la verdad sobre Dios propuesta a los puros de corazón no se recibe disfrazada de imágenes corporales o tergiversaciones heréticas. Esta limpieza de recepción y apropiación es el resultado del don de la inteligencia.

A los limpios de corazón se les promete la recompensa de ver a Dios (Mateo 5, 8). En nuestra condición actual de peregrinos, el don de la inteligencia nos da el poder de ver, no lo que Dios es, sino lo que Dios no es. Según manifiesta Santo Tomás, en esta vida, mientras mejor conocemos a Dios mejor comprendemos que Él sobrepasa lo que la mente pueda abarcar. Y con este “conocimiento de ignorancia”, este conocimiento de que todavía no tenemos conocimiento pleno, viene una paz profunda y permanente. Sin embargo, hasta en el cielo, el don de la inteligencia del Espíritu continuará incrementando la percepción que tenemos de lo divino. Porque allí disfrutaremos de la visión del Señor y contemplaremos la esencia de Dios en la visión de la eterna bienaventuranza.

El don de la sabiduría

Santo Tomás de Aquino, observando la etimología (los orígenes de la palabra) del término, define sabiduría como un conocimiento que es “saboreado”.⁹ El don de la sabiduría es, entonces, un gusto especial por Dios y por la verdad sobre Dios que adquirimos por experiencia mediante la acción del Espíritu Santo. La sabiduría es donde coexisten la ciencia y la experiencia.

La persona sabia, generalmente hablando, es una persona dedicada a la investigación a fondo, racional, de la causa última de las cosas. Dotada con esta

consideración de largo alcance, la persona sabia entonces juzga todas las demás causas de la vida por esa causa última. La persona sabia emite juicios con certeza de tal forma que coloca todas las cosas en su propio orden de acuerdo con los dictados de esta perspectiva plena y amplia.

El don de la sabiduría del Espíritu Santo pertenece a la persona en estado de gracia que conoce la causa que es simplemente la más elevada (la última) sin calificativos, es decir, Dios. Estas personas son llamadas sabias sin restricción, ya que son capaces de juzgar y poner en orden todas las cosas de acuerdo con los designios y prerrogativas divinos de Dios. Porque la sabiduría implica cierta rectitud de juicio al contemplar y consultar las realidades divinas. Puesto que las cosas verdaderamente buenas tienen como su causa mayor el bien soberano y el fin último (Dios mismo), deberá decirse que los verdaderamente sabios tienen cierta familiaridad de conocimiento con esa causa superior. Y conocerla transforma radicalmente la vida de la persona sabia.

Mediante la infusión del Espíritu Santo se llega a este juicio. “El hombre de espíritu lo juzga todo (...) Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu” (1Corintios 2, 15, 10). A diferencia de la virtud intelectual adquirida de la sabiduría que se obtiene mediante el esfuerzo humano, el don de la sabiduría viene del Señor que es el Espíritu. A la misma vez, el don de la sabiduría presupone fe sobrenatural. Porque esta sabiduría juzga las cosas de acuerdo con la verdad divina, mientras que la fe reconoce y acepta la verdad divina por sí misma.

Comúnmente describimos la piedad y el temor como “sabiduría” por una buena razón. La piedad permanece central al culto que sirve para manifestar la fe, especialmente mediante nuestra oración de profesión de fe. De la misma forma, la piedad hace que la sabiduría se manifieste. Rezamos lo que creemos, reverenciamos y estimamos. Nuestra piedad revela las verdades, los valores, las motivaciones que gobiernan nuestra vida, esto es, la sabiduría. Más aún, el temor y la sabiduría comparten una ocupación común, porque, según dice Santo Tomás, si una persona teme y adora a Dios, demuestra que tiene un juicio recto sobre las cosas divinas. Ese “juicio recto” constituye el don de la sabiduría.

La sabiduría promueve un juicio correcto en lo que concierne a realidades divinas, al igual que a otras cosas, a la luz de las normas divinas por medio de un verdadero contacto espiritual y una comunión (una “participación de la misma naturaleza”) con las cosas divinas. Eso quiere decir que el don de la sabiduría del Espíritu nos da el poder para juzgar correctamente ciertos

aspectos mediante cierta participación con ellos, o mediante un tipo específico de “sabor” o experiencia.

La sabiduría no sólo es teórica sino práctica también. Por ser su función principal, la sabiduría primero contempla las ideas y realidades divinas. Sin embargo, a la luz de esta contemplación, la sabiduría también dirige las acciones humanas de acuerdo con las razones divinas. Mediante el acto de meditación, la sabiduría valora las cosas divinas en ellas mismas. Mediante el acto de consulta, la sabiduría emite un juicio que dirige los actos humanos de acuerdo con las directrices divinas. De esa forma vemos cómo la sabiduría es tanto especulativa como práctica.

La asociación especial y la participación con lo divino que procura la sabiduría viene del trabajo de la caridad. Como resultado, la sabiduría no puede coexistir con el pecado mortal. Por lo tanto, la sabiduría habita en todos los que viven en estado de gracia, libres de pecado mortal. Y el grado de sabiduría que está inherente en nosotros varía de acuerdo con el grado de nuestra unión con las cosas divinas. Santo Tomás llega a asegurar que hasta los locos que están bautizados tienen la cualidad fija del don de la sabiduría, pero no la actividad del don, debido al impedimento físico que impide su uso de la razón.

Para algunas personas, la medida en que contemplan las cosas divinas y de dirigen los asuntos humanos de acuerdo a las normas divinas no excederá el mínimo necesario para la salvación. Todos aquellos que viven en gracia santificante sin pecado mortal alcanzarán este grado. Sin embargo, ciertas otras personas reciben un grado más alto del Don de Sabiduría mediante las gracias extraordinarias dispensadas por el Espíritu Santo. Estas personas, muy adelantadas en la contemplación e íntimamente familiarizados con los misterios de Dios, son capaces de comunicar efectivamente estas verdades a los demás. Más aún, ellos disfrutan de un grado más alto de sabiduría para organizar su vida humana de acuerdo con las normas divinas, siendo capaces de dar una dirección a su propia vida y también a la de los demás. Es por esta razón que las Escrituras nos advierten: “Si ves un hombre prudente, madrugando a seguirle, que gaste tu pie el umbral de su puerta” (Sirácida 6, 36).

Santo Tomás asocia la sabiduría con los pacíficos de las bienaventuranzas. Porque los pacíficos son los que consiguen paz para sí mismos o para los demás. Ya que no se limita a la ausencia de conflicto, sino que alcanza la tranquilidad del orden correcto (*tranquillitas ordinis*, de acuerdo con la clásica definición de San Agustín), la paz se produce cuando se da prioridad a lo importante y se ordena todo en armonía con Dios. Esto es lo que hace la sabiduría. Por lo tanto,

la paz se lleva bien con la sabiduría. Porque, a medida que la persona sabia estudia y evalúa el “panorama general” con el afán de servir y promover las prioridades, de dar a cada cosa el lugar que le corresponde, establece una paz auténtica gracias al orden correcto que con sus esfuerzos produce. Cuando la persona sabia considera y evalúa las muchas y variadas opciones que se le presentan de acuerdo con la mente de Dios, produce la clase de tranquilidad que sólo es posible cuando todas las piezas de nuestra vida toman su lugar dentro de un todo divino providencial.

Podemos entender, entonces, por qué el Hijo de Dios se identifica a sí mismo con la sabiduría. Santo Tomás subraya que el Hijo no es cualquier palabra, sino la Palabra que respira amor: la Palabra que es sabiduría acompañada de amor. Consecuentemente, el hecho de que el Hijo haya sido enviado es ese tipo de iluminación que estalla en amor. El Hijo es enviado cada vez que alguien tiene conocimiento o percepción de Él. Por esta verdad, mediante el don de la sabiduría nosotros participamos en la imagen de Jesús. Porque las personas son llamadas hijas de Dios cuando participan en la imagen de su único Hijo engendrado, quien es Sabiduría Engendrada. En el don de la sabiduría del Espíritu Santo que recibimos, entramos al estado de hijos de Dios.

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA Y LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

La Anunciación de María y el don del temor de Dios

Oramos y esperamos que nuestras oraciones sean escuchadas y contestadas. Pero, ¿qué haríamos si esa contestación adoptara la forma de un ángel radiante que pronuncia nuestro nombre en el medio de la sala? Probablemente nos aterrorizaría al igual que aparentemente aterró a María. Gabriel la tranquiliza con las palabras: “No temas, María” (Lucas 1, 30). El arcángel libera a María de su temor para bendecirla con el temor santificado de Dios. Porque el don del temor de Dios que nos da el Espíritu Santo nos dispone a reverenciar a Dios y estar completamente dedicados a Él. El temor santificado de Dios permite a la Santísima Virgen a demostrar a Dios la misma devoción que Él le demuestra a ella: “¡Alégrate, llena de gracia! El Señor está contigo. Bendita tú entre las mujeres” (Lucas 1, 28).